APENDICE.

Página 335 del Ensayo sobre Clasificación de las Ciencias.

AL LÉCTOR.

Diversas circunstancias nos obligan á reducir, por ahora, la publicación de esta obra á solo el presente volumen, en el que están bosquejados los puntos principales que abraza nuestra doctrina filosófica, y se encuentra, aunque á grandes rasgos, explicado el plan de nuestra clasificación de las ciencias. El desarrollo del sistema, con respecto á cada una de estas, será objeto de otros dos volúmenes, que acaso daremos más tarde á la estampa, si podemos hacerlo y fuere conveniente. Aunque ya los tenemos muy adelantados y algunos de sus capítulos terminados por completo, queremos todavía reverlos con cuidado, terminar lo que falta y consultarlo todo con personas competentes, á fin de que, en lo posible, las referencias científicas estén á la altura de los conocimientos de la época.

Entretanto, las personas que hayan tenido la pa-

ciencia de leer nuestros estudios hasta la conclusión de las anteriores notas, si bien en ellos han podido hallar diseñadas nuestras opiniones sobre algunos de los principalas problemas del orden filosófico, podrán desear acaso, conocer las conclusiones generales á que llegamos en el desarrollo de la obra, acerca de las cuestiones que pudieran llamarse capitales; esto es, las que especialmente deben ser objeto de la Cosmogenia y la Psicogenia, resumen, por decirlo así, de todas las demás ciencias abstractas de causas, que hemos enumerado en nuestra Sinópsis.

El objeto del presente apéndice, es satisfacer en parte esa curiosidad. Hemos dado en él á nuestros principios, la forma de apotegmas, no en manera alguna porque pretendemos que ellas sean verdades indiscutibles,—lo que en nuestro sistema cuadraría ménos todavía que en ningún otro, supuesto que su base fundamental es la relatividad del conocimiento,—sino únicamente por razón de brevedad, y porque dichos principios solo expresan, como queda indicado, las conclusiones generales, aunque en parte hipotéticas, á que por ahora, nos han conducido nuestros escasos conocimientos en las ciencias que deben servir de punto de partida para resolver los difíciles problemas de Dios y el espíritu, en relación con el mundo físico.

EL PROBLEMA DEL UNIVERSO.

El examen de cualquiera obra humana, descubre, como elementos necesarios para que exista; la materia, la fuerza y la inteligencia. Una recta analogía, nos hace suponer que iguales elementos han sido y son indispensables pare la existencia del Universo.

Demostrada por la ciencia la indestructibilidad de la materia, y siendo por otra parte, ley psicológica, que la observación confirma, la uniformidad en el orden de la naturaleza, llega el espíritu á la conclusión de que la materia es eterna é increada.

Pero como en la materia todo lo concebimos pasivo é inerte, y el Universo nos revela actividad, movimiento é inteligencia, la misma ley de uniformidad nos conduce á afirmar que ha existido, y existirá siempre,—pues ni al tiempo ni al espacio es posible ponerles límites,—una fuerza inteligente obrando sin cesar sobre la materia, trasformándola de una manera armoniosa, según un designio inmutable por efecto de su misma perfección, y haciéndola revestir todas las formas que nos muestra el mundo

físico y que la imaginación amplía indefinidamente respecto de la infinita porción de espacio que se encuentra fuera del campo de nuestras percepciones.

Dos principios, pues, coexisten desde la eternidad en el espacio infinito: inmaterial el uno, material el otro.

El principio inmaterial, esencialmente activo y perfecto, es Dios: el principio material, inerte por su naturaleza, es lo que los físicos suelen llamar éter ó materia cósmica.

Ambos son eternos y necesarios, es decir, que en ningún momento de la duración, se puede concebir que exista el uno sin el otro; ni puede comprenderse que hayan tenido principio, ni podría asignárseles fin.

El Universo es la creación de Dios obrando sobre la materia, y, por lo mismo, es también eterno y necesario, considerado en su conjunto y como la expresión del poder, la actividad y la inteligencia del Criador.

Dios obra constantemente sobre la materia, ya modificándola, ya manteniendo, por un esfuerzo incesante, sus últimas partículas unidas ó separadas, para hacer que ella revista todas las formas y densidades posibles, desde el éter impalpable hasta el oro ó el platino, ú otro cuerpo dotado de mayor peso específico y que, sin duda alguna, existe entre los infinitos mundos que pueblan el espacio.

En el primer caso ejercita Dios el poder creador, y en el segundo el conservador; mas en ningún ins-

tante de la eternidad podemos suponer que el ser activo por excelencia, dejase de ejercitar ninguno de los dos poderes, pues ambos constituyen su esencia, y, sin ellos, fuera imposible concebir Criador ni criaturas.

La materia considerada de un modo abstracto y general, carece casi por completo, de propiedades positivas; pero si se analiza de una manera concreta, esto es, en los cuerpos sobre cuya sustancia está obrando el Ser Increado, entonces se comprende que ella es capaz de recibir todas las formas y propiedades posibles. Así, pues, la materia es una, eterna é indestructible: las infinitas y variadas apariencias con que se nos presenta, ya en los cuerpos que llamamos simples, ya en los compuestos, solo dependen del modo con que Dios obra sobre ella.

Los químicos admiten la existencia de los átomos, partículas infinitamente pequeñas, cuyo agregado constituye las moléculas de que se forman los cuerpos. Para expresar nuestrar ideas sobre este punto, podríamos suponer, que cada átomo esta á su vez formado de un número mayor ó menor de partículas, aun más pequeñas, de la materia cósmica ó ó universal, y á las que llamaríamos *sub-átomos*, para designarlas de algún modo.

La cantidad que de ellas entre en cada átomo, su unión más ó menos estrecha y su diversa distribución, serían pues, el orígen de las diferencias que observamos en los cuerpos, sean los que denominamos simples, sean los compuestos.

Los *sub-átomos* se escapan á nuestros sentidos y á nuestros medios de análisis, ambos imperfectos; pero sin su existencia, confirmada hoy indirectamente por la ciencia positiva, no podríamos coordinar lo que vemos, con el pensamiento que parece dominar en el Universo; unidad en el principio y los designios; variedad infinita en las propiedades y en las formas.

Cuando Dios en su tarea incesante, ha creado un nuevo cuerpo, sea por la trasformación de otro, sea por la condensación de la materia cósmica, sigue obrando sin descanso sobre los átomos y *sub-átomos* de dicho cuerpo, conservando su esencia y modificando más ó menos profunda y lentamente sus accidentes y atributos. Cuando la modificación es más radical, cuando ha sonado para aquel cuerpo la hora de la destrucción, si es de los que llamamos organizados, se dice que muere, y si es inorgánico, sus moléculas y átomos, y en los astros aun los *sub-átomos*, se desagregan, trasformando de tal manera el cuerpo, que sería muy difícil, casi imposible, para nosotros, reconocer en lo que queda, lo que antes existió; pero en ambos casos no ha habido sino una trasformación: la materia subsiste; Dios continúa obrando sobre ella y, si uno ó varios cuerpos han desaparecido de nuestra vista, otro ú otros muchos han venido á ocupar su lugar en el círculo eterno de las creaciones.

Las diversas maneras con que Dios obra sobre los cuerpos, han recibido nombres distintos, cuya

imperfección descubre el escaso conocimiento que de su esencia tienen los sabios. Es que esa esencia es el mismo Dios, cuyas perfecciones absolutas é infinitas son casi incomprensibles para seres finitos é imperfectos como nosotros.

Atracción, Electricidad, Calor ó Calórico, Luz, Fuerzas moleculares, Fuerza vital, etc., tales son los nombres con que la ciencia ha designado los varios modos de manifestación de Dios sobre la materia; más nótese que estos nombres están muy lejos de expresar maneras distintas de acción para el orden y fin del Universo: así por ejemplo el Calor y la Electricidad que, en ciertos casos, parecen obrar como agentes de combinación, dando orígen á nuevos cuerpos, obran en otros como medios de destrucción, desorganizando los tejidos de los cuerpos vivos ó desagregando las moléculas de los brutos y oponiéndose por consiguiente, á la conservación del individuo. La forma de la fuerza que suele llamarse Atracción, que á primera vista parece esencialmente conservadora, se muestra en muchas ocasiones como agente destructor. Otro tanto puede decirse de la luz y de las energías químicas y, por último, todos sabemos que si la fuerza que llamamos vida, conserva á los seres animados, es mediante el poder que les da de asimilarse y, por consiguiente, de destruir otros cuerpos. Se ve pues, que todas esas fuerzas ó esos modos de movimiento, se producen y obran según un designio único, bajo la acción de Dios, ó el Motor Universal; ó para hablar con más

claridad, que no son sino formas diversas de manifestación de la voluntad del Criador.

La más simple observación deja percibir que las fuerzas llamadas físicas, obran siempre del mismo modo, esto es produciendo los mismos efectos, cuando las circunstancias son idénticas. Es pues, si no fácil, á lo menos posible, que el hombre descubra en muchos casos, las relaciones constantes que existen entre los fenómenos y las condiciones ó manera con que se producen, y formule dichas relaciones en principios generales más ó menos precisos. Estos principios han recibido la denominación de leyes naturales. Todas ellas descubren á la vez, tanta sencillez como sublimidad, y tal belleza, tal armonía numérica y sobre todo, tal unidad en el plan y designio, que ellas solo serían suficientes para demostrar la existencia de una Causa única, infinitamente llena de perfección y de armonía.

Las leyes naturales, bien formuladas, no nos revelan otra cosa que los actos diversos de la voluntad de Dios, cuyos actos tienen que ser inmutables, supuesto que emanan de un Ser sumamente perfecto, que no puede estar cambiando de voluntad como el hombre, pues lo que quiere una vez, es siempre lo mejor, y no es posible concebir distintos caminos en las voliciones de quien es la Perfección absoluta.

La perfección en las voliciones de Dios, no se descubre á veces á la inteligencia limitada del hombre, porque ésta no puede abarcar el Universo en su conjunto; pero aun la simple observación de cual-

quiera obra ó fenómeno de la naturaleza, cuando se considera con atención y se relaciona en lo posible con los demás existentes, deja percibir la infinita inteligencia de quien concibió ó produjo ese objeto ó ese fenómeno. Así, por ejemplo; no obstante la admirable estructura del ojo humano, podemos concebir como posible, un instrumento análogo más perfecto; pero pretender como condición para reconocer la sabiduría de Dios, que aquel órgano, llevado á la perfección absoluta, existiese en el hombre, ser naturalmente limitado, nos parece un absurdo, una monstruosidad, que aniquilaría de un golpe la ley de evolución y la escala progresiva de los séres en el Universo, que es justamente, lo que constituye su perfección y su armonía.

De lo expuesto resulta que, así como según nuestra concepción, no hay filosóficamente hablando, leyes naturales, sino solo actos ordenados de la voluntad del Criador, así tampoco hay, en rigor, verdaderas causas secundarias, sino que todo lo que vemos es el efecto de una Causa única y universal, siendo por consiguiente, las leyes y las causas secundarias, simples creaciones subjetivas de nuestro espíritu, y medios convencionales de explicación científica.

EL PROBLEMA DEL ESPIRITU.

Enseña la Fisiología que la vida no es otra cosa que el movimiento constante de asimilación y desasimilación de moléculas que, se agregan á cada una de las células constituyentes de los tejidos orgánicos, ó bien se separan de ellas. La observación interna nos revela, en medio de ese cambio incesante, la existencia de algo, también mudable, pero cuyas modificaciones son enteramente diversas de las materiales que se efectúan en los tejidos, siendo de notar, que aun en medio de ellas, conserva ese principio la conciencia de su identidad.

El principio de que tratamos, cuyos atributos esenciales son sentir, pensar y querer, es el *yo*, el *espíritu*, el *alma*, en fin.

Como no se revela en nosotros materialmente; como se escapa á todos nuestros medios de percepción externa; como solo podemos conocerlo por sus facultades, que son evidentemente diversas de la materia; y como, en fin, la conciencia nos demuestra que el origen ó fundamento de ellas es uno é inextenso, afirmamos la inmaterialidad de ese principio,